



Introducción

Coordinador del monográfico

Por ENRIC UCELAY-DA CAL

Catedrático de Historia Contemporánea, UPF



El término catalanismo es un neologismo político de los años ochenta del siglo XIX, muy comparable, tanto en sus orígenes como en su utilización, al concepto ideológico estadounidense *Americanism*. El concepto “catalanismo” siempre ha poseído un significado polivalente que incluía tanto patriotismo como nacionalismo. Cubría todas las posibilidades del arco político-jurídico: regionalistas, autonomistas, federalistas, confederales, ultra-nacionalistas y meros simpatizantes culturales, independentistas militantes y personas vagamente sentimentales: todos podían ser catalanistas. Era una categoría abierta, transversal. Por mucho que contradijera la sabiduría habitual de la politología –la *conventional wisdom of political-science*– siempre basada en ejemplos estadounidenses que supone que los partidos tipo *catch all* están reñidos con los de temática específica y aislados (*single-issue politics*), en Cataluña una mezcla tan inviable a priori funcionó sin problemas durante más de un siglo.

A efectos públicos, el catalanismo fue norma política hasta la celebración de la Diada, o fiesta nacional catalana del Once de Septiembre de 2012. Pero en aquella ocasión, una manifestación excepcional, un vasto e incontable gentío invadió las calles de Barcelona, transmitido todo en directo desde las cadenas de televisión catalanas y los canales con cobertura local, junto con su proyección en la red y por añadidura en los medios de comunicación internacionales. Fue un

festival de vivos colores: las calles se llenaron de *estelades*, la bandera independentista en sus dos versiones, con su triángulo azul con estrella blanca (de derechas) o su triángulo amarillo con estrella roja (de izquierdas). Las *esteladas* se confundieron para siempre jamás y barrieron a la *senyera*, el histórico pendón de cuatro barras rojas sobre fondo dorado. Constituyó un cambio simbólico de enorme importancia. Es más, el monopolio de banderas separatistas implicó un cambio aún mayor en términos de política convencional de partidos.

Hasta aquel septiembre de 2012, el separatismo había sido una opción electoral claramente minoritaria en la política catalana. En el esquema tradicional, habitual, jóvenes con la apropiada predisposición ideológica, en la edad más propensa a la violencia, esto es, entre los 16 y los 28 años, pasaban por una fase generacional de nacionalismo radical antes de encontrar un lugar en el medio social, casarse, mantener un puesto de trabajo y convertirse así en “votantes catalanistas”, con un comportamiento electoral estable. En los años noventa del siglo pasado, adolescentes y mujeres jóvenes de una disposición ideológica análoga –en sí mismo un hecho social nuevo– se afiliaban cada vez más a grupos independentistas, hasta que ellas mismas también sacaban adelante sus propias vidas familiares y laborales. La creciente participación femenina ayudó a calmar el ardor masculino, de tal modo que la imagen del “guerrillero” nacionalista, del “luchador callejero” –como cantaban los *Rolling Stones*– o del “activista violento” –según la policía española–, empezó a tornarse obsoleta. Cada vez más –con el ejemplo de la “Crida a la Solidaritat” lingüística– la agitación de masas, a base de grandes aglomeraciones de personas, se convirtió en la nueva norma nacionalista radical. Mientras, el viejo partido nacionalista de izquierdas, Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), con un pasado que databa de los años treinta, se convirtió en una fuerza “independentista” que cada vez más desafiaba el predominio “catalanista”. Pero la ERC se mostró incapaz de salir de su órbita como satélite del nacionalismo moderado de cariz pujolista, consolidado en una coalición más o menos firme entre la fuerza personalista, seguidora de Pujol, y la vetusta entidad democristiana local que como coalición dominó la política catalana durante más de tres décadas, desde 1980 hasta 2003. Esquerra sólo podía escaparse de su trayectoria de dependencia aliándose con la izquierda recuperada de la oposición al franquismo, con los socialistas y los post-comunistas, lo que ocurrió tras los comicios de 2003. Esta coalición más bien extraña, en la medida que combinaba “catalanistas” activos y pasivos, se deshizo en las elecciones autonómicas del 2010. Entonces los acostumbrados hábitos y costumbres que marcaron los años democráticos a partir de transición en Cataluña, concluyeron de modo abrupto. El hecho de que se hubieran alterado las tradiciones, costumbres y tendencias relativas a las relaciones de pareja,

unido a la dificultad para encontrar trabajo que tenían los jóvenes en aquel contexto de crisis económica, posiblemente ayudaron a franquear el entusiasta viraje social hacia el independentismo. Quedó entonces en evidencia que el catalanismo carecía ya de un marco referencial capaz de satisfacer el comportamiento social de la juventud en clave de proceso de socialización, como hasta entonces había sucedido y los roles de género que habían mantenido el nacionalismo radical de viejo estilo, se desmoronaron desde entonces.

En septiembre de 2012, el patrón histórico de una inclusión amplia y genérica pareció desvanecerse. La opinión nacionalista moderada se hizo abierta y asertivamente independentista. Sentirse desacomplejado” (*desacomplexat*) en tal postura se convirtió en la consigna imperante de la interacción social. Hasta que, con el paso del tiempo, tal actitud se tornó tan familiar que no merecía comentarios. Este monográfico intenta trazar y analizar aspectos de este cambio.

El compendio reúne enfoques diferentes. Oriol Bartomeus, estudioso vinculado al Institut de Ciències Polítiques i Socials (ICPS) de Barcelona, analiza el material acumulado por el mismo ICPS a lo largo de un plazo largo en términos de identificación nacional, para mejor rastrear cambio generacional y desplazamiento ideológico en su trabajo: “Tendència de fons o tàctica partidista. El canvi generacional i el gir ideològic del nacionalisme”. El analista político e historiador académico Xavier Casals, autor de numerosas obras muy bien consideradas, valora el secesionismo catalán en clave de los movimientos europeos populistas: su texto, “La Catalunya emergente: secesionismo y dinámicas populistas europeas”. Carlos Viñas, un investigador joven y buen estudioso de la violencia de las gradas y en el rock catalán de tipo ideológico, trata, en castellano, “No volem ser’. Música y nacionalismo”. El organizador del dossier (y autor de esta introducción), Enric Ucelay-Da Cal, presenta una narración histórica de la evolución del cambio, del paso de un independentismo muy minoritario a una acusada pluralidad de opiniones políticas visible a partir de 2012: “Catalonia Dreaming: The Rise of Catalan Mass Secessionism, 2010-2015”. Finalmente, un joven erudito italo-catalán, Marcel A. Farinelli, ofrece un ensayo – “Ausencia presente: el soberanismo catalán desde su más lejana periferia”, acerca de los efectos del cambio pro-independencia centrado en Barcelona tal como se perciben desde la más apartado contorno del uso hablado del idioma catalán, eso es, la pequeña ciudad de L’Alguer (L’Alghero en italiano) en la costa occidental de Cerdeña. Su análisis resalta algunas de las contradicciones entre los discursos rivales de una “Gran Catalunya” entendida en clave de política cultural (el *soft power* de Joseph Nye) e influencia exterior, frente a los supuestos que sustentan el empuje en pro de la independencia de una “Cataluña estricta” compuesta por la Barcelona me-

tropolitana y las cuatro provincias catalanas, denostadas como instituciones en la tradición política del país, pero que conforman el hinterland de la capital.

En los últimos años, los llamamientos del nacionalismo catalán a la independencia se han formulado en base un modelo transicional, una fórmula sencilla de pasado-a-futuro, como un cambio instantáneo en dos pasos. A medida que las frustraciones se ha incrementado y el gobierno central impidió las aspiraciones más mágicas relativas a ese tránsito desde la “opresión” a la “libertad”, los autores independentistas se han visto obligados a recurrir a la idea de un *procés*, de un proceso que implicaba que alcanzar el más absoluto autogobierno podría demorarse un tiempo. Mientras tanto, los analistas deben “procesar el proceso”, por decirlo de algún modo, para mejor interpretar la interacción de la política catalana con la española, a niveles varios, y no sencillamente en Barcelona o Madrid. Esta es la intención que guía a los autores del presente monográfico.